

entre las sombras, perdiéndose en los suburbios de la ciudad.

Los fronterizos llegaron al cuartel y pusieron la oreja ensangrentada sobre la mesa donde dormía el capitán.

El alemán, que ya había dormido la «zorra», se levantó del suelo, apoyó la mano en la mesa y tropezó con la oreja de Altúnez.

—¿Qué diablo es esto?—dijo horrorizado.

Pedro se despertó y vió lo que pasaba.

—¡Qué barbaridad!

—¿Pero qué significa esto?—decía el alemán—¿Es tuya, acaso?

—No, es del coronel, y no te asustes; hoy hemos visto tantas piernas y tantas manos amputadas, que no es cosa de impresionarse por una oreja.

—¡Este hombre es el infierno!—dijo riendo el alemán.

Pedro envolvió cuidadosamente la oreja y la guardó en su cartera.

—Esta—dijo—, para «Juan Gallinazo».

VII

Se oyó el toque de diana.

Sin fórmulas pavorosas y sin ese aparato trágico de que revisten las ejecuciones, sacaron del cuartel a los jefes mencionados, y los fusilaron.

Aquel espectáculo era el de todos los días.

Luego que se retiró la tropa y que quedaron allí los cadáveres, Pedro le dijo al alemán:

—Mira, ése es Antonio Landa, el que se pronunció en Guadalajara contra el señor Juárez; es un traidor que ha llevado su merecido.

—Pudo ese hombre—dijo el alemán—haber decidido de los destinos del país, si ha asesinado al Presidente y a sus ministros.

—Hubiera sido un combustible el más poderoso para la revolución.

—Es verdad; pero tuvo miedo, le impuso la situación misma.

—¡Y ya la pagó ese bandido!—gritó Pedro.

Fijóse después en los demás, y, tomando del brazo a Carlos, le dijo:

—Mira, mira a ese hombre; respira todavía. ¡Demonio!

—Sí, estoy seguro de que no ha muerto.

En aquel momento llegaban unos frailes de la Ermita.

—Oiga, amigo—le dijo Pedro a uno de ellos—, mire: ese hombre, que es el capitán Gallardo, aunque le vea destrozada la cabeza, vive, vive todavía.

En el acto recogieron el cuerpo del capitán y se lo llevaron. Por uno de esos fenómenos inauditos, aquel hombre vivió.

Fué tal su espanto que permaneció dos años en el olvido y el silencio.

Cuando regresó a la capital, se encontró con que su esposa había pasado a segundas nupcias.

VIII

Muchos repiques, muchas fiestas religiosas, mucho solemnizar las victorias, pero ni un peso en la Tesorería.

Los puertos del Golfo del Pacífico ocupados por los liberales, las ciudades conturbadas, las haciendas destruidas, el comercio anonadado y en el Gobierno hombres sin iniciativa.

El clero quería que lo defendieran gratis y la situación se venía abajo por miseria.

El general Osollo declaró desde San Luis, que si no se le daban recursos, renunciaba, porque sus tropas estaban muertas de hambre y desnudas.

Miramón llegó a México y declaró que no sostendría más el orden de cosas, si no se le daba dinero; porque los soldados estaban al defeccionar, acosados por la miseria.

Las tropas que operaban en el Estado de Veracruz y que sitiaban el Castillo de Perote, defendido por el coronel Trejo, vendían el armamento para comer.

Entonces el Gobierno, con todo respeto, le pidió al clero «millón y medio» de pesos.

Los frailes se pusieron en alarma; hubo muchas juntas y notas y comunicaciones, y al fin se resolvieron a dar algo y con muchas condiciones.

Los capitalistas se reunieron, y un millonario, como muestra de celo religioso y reaccionario, se suscribió en «cien pesos», y eso ofreciéndole pagar; a los extranjeros ricos se los amagó con la deportación, para saquearlos.

Se extendió el empréstito a los Estados y comenzó el saqueo; y delante de la bancarrota y de la ruina del país, de las hecatombes y de la sangre y del incendio, el clero y la reacción, autores de aquel atentado sin nombre en la historia, gritaban: ¡Viva la religión!

CAPITULO V

UNA VENGANZA

I

Después de los terribles sucesos de Guadalajara, en que peligró la vida del señor Juárez, se dirigió aquel hombre predestinado al Puerto del Manzanillo.

Una caravana de hombres ilustres pasaba por las espantosas barrancas de Atenquique y de Beltra.

La soledad augusta de aquellos bosques, donde parece no haber retemblado la voz humana, los desfiladeros y los abismos, los bordes todos del peligro y aquellos hombres más pequeños que las hormigas, avanzando y avanzando por aquellos caminos, alumbrados por la luz perpendicular del sol y velados por las sombras de lo desconocido.

Las nubes en las cimas de las montañas, como unos turbantes de gasa enredados en los picos de las rocas.

El cielo unas veces estrecho y otras destendido.

Los vagos colores del crepúsculo, dando paso a las obscuridades de la noche.

Los caballos con las cabezas casi rozando el suelo, fatigados y sudorosos, caminaban paso a paso, y tropezando con las piedras lanzadas ahí por una espantosa revolución geológica.

Los pájaros, azorados de ver gente, huían parándose en las altas copas de los árboles para ver desde lejos la caravana.

Todo era pequeño delante de aquella naturaleza salvaje y primitiva.

¿A dónde iban aquellos hombres? ¿Qué buscaban en aquellos peligrosos desiertos?

¡Llevaban en sus corazones el tesoro de la libertad y el amor a la patria!

Perseguidos, anatematizados, pobres y con la muerte delante, buscaban un asilo para desde ahí gritarle a un pueblo esclavo: «¡Levántate y anda!»

¡Con cuánta ternura recogerán las generaciones estos tristes relatos!

¡Con cuánta veneración abrirán las páginas de la historia, para gozarse en lo que arroja una verídica tradición que refiere los inmensos sacrificios por esta tierra tan amada y tan bendecida!

¡Cuando la locomotora pase por los hilos de acero que ya tiende la mano de la civilización, los pasajeros que atraviesan por esas soledades, verán flotar por aquellos riscos las sombras augustas de los patriotas, que consagraron hasta su último aliento por la República!

II

¡Allí está el Pacífico con su majestad solemne!

La inmensidad de sus olas se confunde con el cielo que se refleja en los gigantes espejos de ese maravilloso Océano.

El sol abrasante se desploma sobre las movedizas arenas de la costa y sube un vapor caliginoso que asfixia a los pájaros de mar.

La fiebre, como un huracán de muerte, recorre con su séquito de fantasmas aquellas regiones.

Las barcas y los navíos parecen atracados en un Océano de hierro; todo está inmóvil y callado.

Todo duerme; los lagartos, sobre la arena de la costa, y los hombres, en las hamacas.

Es un silencio aterrador.

La naturaleza está muda.

En algunas chozas del puerto hay gente pálida, cetrina, como si saliese de la sepultura.

Es el país de los muertos.

Llegó la caravana sedienta y respiró al verse delante del mar, de ese gigante mugidor, que lleva en sus lomos a los proscritos, y grita: «¡Libertad!», azotándose contra las rocas y las ondulantes orillas de la costa.

—¡Al mar!—dijeron; y entrando en la barca, pasaron a bordo del «John Stephens», que llevaba su máquina de San Francisco de Panamá.

Ya se alejan de la tierra natal con el corazón oprimido de angustia.

Ya dejan caer la mirada última sobre el suelo patrio, que se va desvaneciendo lentamente hasta perderse en el horizonte.

Los genios de la libertad daban su manso aliento sobre aquellas velas, que como alas de cisne, arrebatában el navío entre las ondas oscuras y terribles del Pacífico.

III

Manuel y un grupo de oficiales veían desde la playa alejarse aquel buque, donde iban todas sus esperanzas.

Ellos quedaban abandonados en aquella tierra insegura y mortífera.

No se los había podido llevar, porque aquel grupo de hombres era muy pobre.

No importaba: ellos volverían a pasar las Barrancas; tornarían a la lucha que estaba encendida en todas partes; no desmayarían un solo momento.

Llegó el señor Juárez a Panamá, cuya tierra conserva como sagrado ese recuerdo, y tomando pasaje en el «Granada», que ya se mecía sobre las olas del Atlántico, se dirigió a la Habana.

En esa tierra, donde hasta hace poco se derramó la sangre a torrentes por la libertad, estuvo el benemérito de América.

Trasbordáronse al «Filadelfia», rumbo a Nueva Orleans, que acababa de abandonar Comonfort, y a bordo del «Tenesse», saludaron con el llanto en los ojos, a la tres veces heroica Veraacruz.

La Jerusalén de la Reforma abrió sus brazos para recibirlos.

Los buques de la bahía y las baterías de tierra hicieron salva y las campanas anunciaron el arribo de los ilustres huéspedes.

Tembló el clero y abrió las puertas del templo decorado suntuosamente; y, lleno de espanto y balbuciendo, cantó un

«Te Deum» en presencia de Juárez, en cuyo rostro se pintaba un gesto de alto desdén.

Aquella ceremonia era enteramente política, era la humillación del enemigo, el abatimiento de las banderas reaccionarias.

El pueblo ya comenzaba a ver claro: en México le cantaban el «Te Deum» a Zuloaga y en Veracruz a Juárez. ¿Cuál era el verdadero? ¿Cuál llegaba primero al cielo?

Todos estos aparatos teatrales preparaban más y más la revolución reformista.

El arribo a Veracruz del Gobierno constitucional fué un nuevo aliento para la causa liberal, y puede decirse que se abrió en toda la República una campaña general y sangrienta.

Ciudades sitiadas, combates en los campos, plazas recuperadas, asaltos parciales, encuentros, batallas, fuego de guerrillas, emboscadas, formando un todo terrible, espantoso, una lucha inacabable, porque la juventud y los hombres nuevos le habían dado a la revolución un empuje desesperado.

Al separarse el señor Juárez de Guadalajara, supo que Parrodi había capitulado.

A los militares viejos les gustaba mucho capitular.

El señor Santos Degollado fué nombrado general en jefe del ejército y ministro de la Guerra; ese hombre maravilloso, que como Deucalión convertía las piedras en hombres, el patriota incansable y valeroso, el héroe de todas las derrotas y el alma de las grandes empresas.

Desde la arena de Ayutla hasta el Calvario de Huisquilucan, marcó su tránsito con batallas, esfuerzos supremos y acciones sorprendentes de audacia y de valor.

IV

Cruz Aedo y Contreras Medellín no quisieron capitular, y se marcharon con Ogazón al Sur de Jalisco, a seguir la campaña.

El general Luis Osollo había llegado a San Luis Potosí con una fuerza, temiendo el ataque que ya se iniciaba por los fronterizos vencedores en Zacatecas.

El clero y el partido conservador le daban un gran banquete, al que asistía la crema de la reacción.

El salón estaba lujosamente empavesado; brillaban en grupos las bujías puestas en grandes candelabros de cristal, cuyas almendras reproducían en iris aquella brillante luz.

Lucía una gran vajilla de porcelana finísima sobre los blancos manteles salpicados de rosas entrelazadas a los cubiertos de plata deslumbradora. En el centro de la mesa y en una magnífica torre de almendra, se veía el estandarte con el «In hoc signo vinces», de las guerras religiosas.

El héroe de Salamanca conversaba con todos; era sumamente afable, aunque de repente muy soldado.

—Este, éste es un hombre—decía un clérigo—; no el animal de Zuloaga.

—Ya lo creo—respondió un fraile regordete y de anteojos de oro—. ¡Con éste sí vamos hasta allá!

—Ya ve su Paternidad que en México pretenden desvalijar a la Iglesia; no sirven para nada, no se los puede aguantar.

—Y van tras de nosotros; es decir, tras de nuestros bienes; ¡millón y medio de pesos!

—¡Qué barbaridad! Así se pierden todas las religiones.

—Preferimos a Juárez: ése con su ley de desamortización nos quita la propiedad; pero nos deja el capital limpio.

—No crea su Paternidad; aquí se va a entronizar un Gobierno enteramente militar que nos coge debajo; ya verá usted.

El fraile tomando un polvo dijo:

—Les hemos dado muchas ínfulas; es necesario hacerles comprender que sin nosotros nada valen.

—¡Por supuesto!—exclamó el clérigo—Y más que ya Juárez llegó a Veracruz y están en aprietos, y muy graves.

V

En otro grupo estaban los políticos.

—Para que esto siga bien—decía un señor que se la tiraba de diplomático—, es necesario que no haya congresillos.

—Es verdad—contestaba un licenciado petulante—; esa gente no sirve sino para revolver el agua; dictaduras y más dictaduras: ya ve usted a Comonfort, lo tiró el Congreso.

—Sí, sí—dijo otro individuo finchado y ampuloso, frotándose las manos gordas y blancas, que ostentaba como una dama—; la democracia es un sueño; yo soy partidario de Iturbide y de S. A. Serenísima.

—¿De dónde tomaremos un dictador?—dijo el licenciado.

—Aquí tenemos a éste; es todo nuestro. Pondrá el Gobierno en nuestras manos; él se dedicará a la guerra.

—Y nosotros a la política—dijo el diplomático—; tomaremos el timón y la nave irá entre las olas, serena e impávida.

—Muy bien, muy bien; ¿y el dinero?

—Por ahora la Iglesia nos hará el favor de sacarnos del apuro.

—Como que está rica, muy rica; pero no para estos soldados que tienen todas las rentas.

—No mucho—dijo el diplomático—; porque la herejía todo se lo devora, y más cuando Juárez tiene las primeras Aduanas, Veracruz y Mazatlán.

—Y estos soldados—dijo el licenciado—que no pueden atacar esas plazas, no sé para qué sirven.

—Es necesario—contestó el diplomático—otros hombres en el Gobierno; hombres como yo, si ustedes me lo permiten, que tienen doble vista para los negocios.

—Como que tiene anteojos—dijo por lo bajo el licenciado. Osollo departía con sus camaradas; pero no hablaba de batallas, ni hacía referencias a los combates.

Examinaba a aquella concurrencia, que no era de su agrado. Sentáronse a la mesa, se sirvieron ricos manjares y el vino comenzó a circular con alguna velocidad.

Había gran entusiasmo; todos los brindis iban sazonados con mucho de catolicismo y a cada paso se le llamaba a Osollo «el soldado de Cristo».

Acalorado Osollo por las libaciones del champaña y con alguna turbación cerebral, dijo:

—Yo no soy soldado de Cristo, soy soldado de la República. Yo quiero ver el adelanto material de mi país, que nos pongamos a la altura europea, sin gazmoñerías ni beatadas.

Los clérigos hicieron un gesto de desagrado.

Los conservadores se dieron de codo.

—La Iglesia—continuó Osollo—está bien en su lugar y el Estado en el suyo.

Al clérigo se le atoró en la garganta un hueso de aceituna.

Los frailes aguzaron las bocas rasuradas y los «mochos» movieron la cabeza.

—Las leyes de Juárez son buenas—continuó Osollo—y debemos anticiparnos para aprovecharlas.

Hubo muchas toses, como si un chiflón de aire hubiera penetrado por las ventanas.

—Los bienes del clero—siguió Osollo—formarían el Banco más poderoso, en vez de tener ese pro escondido y sin producto.

Los frailes estaban rabiosos.

—Yo no he venido a defender todas esas instituciones atrasadas que tienen al país hundido en el abismo, casi en la barbarie, y condeno esa política devota de Zuloaga; yo soy soldado de la democracia y del progreso.

Reinaba un profundo silencio, todos estaban espantados.

Osollo continuó:

—Se dice el clero nuestro aliado, sólo para rezar por nosotros, pero en materia de dinero, nada. Mi tropa está hambrienta y desnuda, casi imposibilitada de batirse; hemos perdido la friolera de un millón y medio y se nos va a dar en partidas, casi una limosna; lo dicho, las leyes de Juárez.

Los frailes y el clérigo se escurrieron de la reunión, santiguándose.

Los conservadores no se explicaban aquello.

La cena terminó fríamente, y Osollo, sin despedirse, se marchó a su alojamiento.

VI

Los frailes se encerraron para escribir al Arzobispo dándole cuenta de todo; aquello era un escándalo; la reacción estaba perdida con aquel demagogo, a quien el ejército y los conservadores señalaban como el próximo presidente de la República.

—Es necesario «suprimir» a este hombre.

—De toda necesidad; la Iglesia tiene derecho pleno para quitar de por medio a este soldado contaminado de herejía.

—Y de cualquier manera—dijo el clérigo.

—Juárez que alienta la revolución y este hombre que nos echa de cabeza. Vamos a quedar lucidos.

—Es necesario cortarle la cabeza a la hidra.

—Sí, sí; porque la situación cae en poder de este mutilado, y nos llevan todos los diablos.

—Es necesario escribir a todos los ilustrísimos Obispos; la cosa es muy seria.

—El clero sabrá portarse como siempre.

—Sí, sí; «suprimir», ésta es la palabra.

Se oyeron tres toquidos a la puerta.

VII

—Adelante—dijo el clérigo.

—Señor—dijo un hombre que venía muy agitado—, una señora que acaba de llegar de México, tiene un ataque de muerte y quiere confesarse.

—¿Dice usted que es una señora que viene de México?

—Sí, y parece muy rica.

—Entonces cumplamos con nuestro ministerio; siempre los ricos tienen algo más que arreglar que los pobres. ¡Los pobres! ¡Uf, qué lepra! ¡No tienen de qué arrepentirse, si no es de que no son ricos!

—Aquí nos quedamos nosotros despachando la correspondencia y aguardamos a usted—dijeron los frailes.

El clérigo se amarró una máscara que le cubría el rostro; se embozó en su capa, y salió a la calle, en dirección al hotel donde la señora pedía los auxilios religiosos.

La dama estaba en su lecho; era joven y bella; tenía amagos de una congestión cerebral, y, como se encontraba sola, más era el susto que la enfermedad.

Acercóse el sacerdote, y acariciándole la cabeza, le dijo:

—Hija mía, la confesión no es una señal segura de muerte, pero muy necesaria, porque la existencia es efímera y Dios sabe lo que determina. Dí tus pecados, que yo te ayudaré en tu examen de conciencia.

Muy en silencio comenzó el relato de los pecados.

Repentinamente el clérigo abrió desmesuradamente la boca, y exclamó: